

CÓDICE SPECTRIS

nicolás luciano brito



Código
SPECTRIS

Autor: Nicolás Luciano Brito

Capítulo 1

CÓDICE SPECTRIS

CÓDIGO DE LO ESPECTRAL

Continuación del relato la declaración de Randolph Carter

AUTOR: NICOLÁS LUCIANO BRITO

Carter abrió los ojos súbitamente y, de forma sobresaltada, se incorporó en la cama. Su mirada pasó vista por toda la habitación para comprobar que se encontrara solo, en efecto lo estaba. El sudor frío cubría todo su cuerpo desde la frente hasta las piernas, el palpar de su corazón retumbaba en sus oídos de forma insoportable, emulando el sonido de morteros en plena batalla de asedio y el escalofrío que recorría su cuerpo había erizado todos los vellos de su humanidad. La situación era desesperante. Su estado general, tanto orgánico como psicológico, se había tornado progresivamente deplorable al pasar de los meses a causa de la histeria. El insomnio acabaría por consumirlo y los terrores nocturnos constantes eran una cuestión aparte. Poco a poco, su estado de ansiedad descontrolado encontró su contrapeso en el sistema parasimpático del cerebro. Con el paso de los minutos comenzaba a serenarse. Todas las noches era la misma historia, la misma pesadilla: todo desde esa fatídica noche en la que su amigo, su mejor amigo, Harley Warren, se perdió en la oscuridad de aquel sepulcro. Su inconsciente reproducía noche tras noche de forma fugaz las escenas de las cuales debió ser testigo, desde su ubicación fuera de la tumba en la que Harley se internó con el afán de descubrir los secretos del universo y la existencia misma para, posteriormente, no regresar jamás. No había luna esa noche, solo lo acompañaban los narcóticos ubicados en su mesa de luz con los cuales solía adormecer su conciencia y su alma; sin embargo, esta vez, decidió acallar su mente con licor. Sentado en su demacrada mecedora, mientras bebía su alcohol barato, su razón comenzó a procesar ideas en un intento por acomodar sus alborotados pensamientos. Su buena salud había dimitido de tal manera que se convirtió físicamente en un ser macabro, análogo al aspecto ostentado por los adictos a drogas potentes y destructivas: piel verdosa, bajo peso y ojeras oscuras como la noche. Sí continuaba en esta senda autodestructiva acabaría por morir pronto, de eso no le cabían dudas. Su caída en desgracia dio inicio esa noche fatal. A pesar de que una nebulosa instalada en su mente impedía que sus

recuerdos fueran nítidos, la desaparición de Warren caló hondo en su inconsciente alborotado y un sentimiento de culpa acrecentaba su mal estar. Era su deber ayudarlo cuando se vio en dificultades y, si era su destino, tendría que haber sufrido el mismo final de su compañero. Para empezar, debió haber intervenido cuando Harley decidió inmiscuirse más a fondo en el conocimiento de la verdad; era imperativo que fuera disuadido de semejante tarea. Los seres humanos tienen vedado los saberes universales y Randolph lo sabía. Somos entes cuya naturaleza es extremadamente finita a pesar de contar con un alto raciocinio y, el contemplar la esencia de las cosas, no es tolerable para nuestra integridad como especie. Sin embargo adoptó la postura de simplista y no emitió objeciones ante las actividades de Warren, probablemente por respeto a su relación fraternal. La culpa ahora lo consumía como el fuego consume la madera; lentamente y con sufrimiento. Mientras reflexionaba sobre estos temas, en la oscuridad de su apartamento, solo encontró una posibilidad de redención: si quería salvarse o, por lo menos, redimir su espíritu, tendría que indagar en las anotaciones de Warren para entender los resultados que buscaba obtener su amigo al realizar el tenebroso ritual, cuya naturaleza en forma y finalidad eran desconocidas para Carter; luego de lograr comprender las motivaciones reales de Harley intentaría reproducir cabalmente el rito para descubrir y correr el velo de las realidades y por consiguiente de los acontecimientos de esa noche, de todo lo ocurrido en esa vigilia terrible. Quizás pudiera de esta forma conseguir algo de paz, sea en la vida o en la muerte. Incluso tal vez pudiera reencontrarse con su par presuntamente muerto y, juntos, en la fría oscuridad, compartir la condena atroz que el investigador estaría sufriendo en ese preciso instante en el cual la mente de Carter adoptaba esa determinación. Pero no podía evitar pensar en aquella voz lejana e inhumana que logró captar al momento del desenlace de los hechos de esa jornada infernal, la que en su mente y de forma telepática le comunicó que Warren estaba muerto.

La resaca que estrujó su cerebro la mañana siguiente era abrumadora, como un taladro penetrando de lleno a través del centro de su cráneo. Al correr las ventanas para dejar entrar la luz del sol pudo comprobar que era casi mediodía. No tenía tiempo que perder. Ingerió un almuerzo mediocre, como todo lo relacionado a su existencia mundana desde hacia tanto tiempo: una despreciable sopa caliente. Al concluir la ingesta del alimento trazó su plan de acción. Primero, tendría que acceder a las notas de Harley y solo había un lugar donde podría encontrarse resguardadas: la mansión de su familia, la cual solo era habitada por la depresiva madre del joven desaparecido, la señora Ana Richard viuda de Warren. El principal obstáculo a sortear era el de poder formular una buena excusa para lograr ser entrevistado por la desafortunada mujer aunque, por lo que tenía entendido según comentarios de allegados en común; a raíz del estado de la señora no sería tan complicado pues sus facultades mentales no eran plenas. El sufrimiento que la muerte de su esposo y la ausencia de su hijo representaron para ella se tornó en un martirio personal que

acabó con su buen juicio.

La mansión ocupaba media manzana. Era un edificio imponente al estilo clásico colonial pero evidenciaba en sus fachadas el desgaste del tiempo y el abandono de una estirpe caída en desgracia, sobre todo por la presencia de enorme cantidad de humedad y los típicos organismos que en ella se desarrollan. Llamó a la puerta enrejada y un portero de aspecto desagradable, harapiento y anciano por lo que denotaban sus canas lo recibió en el patio de entrada; no sin antes indagar groseramente sobre su identidad y los motivos de su visita. Se presentó como Thomas Becker, detective de Arkham, interviniente en el caso de Harley Warren. Le explicó que necesitaba tratar algunos asuntos con la viuda Warren relacionados al caso de su hijo. El desagradable y mal educado portero abrió las rejas y le indicó que esperara en la sala de estar; daría aviso a la señora de la casa y, si esta aceptaba ser entrevistada, lo recibiría en la biblioteca donde se encontraba en ese preciso instante. Tan solo tardó diez minutos en regresar. El desagradable hombre le pidió que lo acompañara a la biblioteca, donde, la dueña de casa lo esperaba. Solo Carter ingresó al recinto, el empleado de la casa se limitó a abrirle la enorme puerta de mármol y se retiró blasfemando. Sentada en un amplio sillón reposaba la señora Warren: una mujer de avanzada edad y sorprendentemente desalineada. No se levantó para recibir a su invitado, esto daba cuentas del estado mental de la mujer. Carter, sin modificar su serio semblante, se presentó ante ella con una reverencia. Apelando a la falsa identidad y la engañosa excusa que motivaba su visita logró su cometido. La mujer le solicitó que se sentara.

-Mi empleado me dijo que viene a tratar asuntos relacionados al caso de mi hijo detective Becker. Estoy encantada de poder ayudarlo en la medida de mis posibilidades pero usted mismo sabrá que el asunto quedó clausurado-. La anciana era notoriamente apática en su comportamiento y la dejadez de su estado era notable, casi como si no fuera alimentada ni aseada. Carter procedió a explicarse.

- Señora Warren: tengo fundadas sospechas de que la última persona que interactuó con su hijo, el señor Carter, tiene o, mejor dicho, puede tener responsabilidad en la desaparición de Harley. A pesar de que su declaración era sólida y no se encontraron pruebas en el lugar del hecho que lo incriminaran poseo el íntimo convencimiento de que esta persona conoce a fondo lo acontecido con él. Por lo que pudimos recabar en su testimonio tenían una relación cercana basada en la investigación de ciertos temas esotéricos y paracientíficos. Si pudiera acceder a alguna agenda o libro personal de su hijo de seguro voy a poder profundizar un poco más en el carácter de los asuntos en los que se vieron involucrados-. La madre de Warren se perdió en sus pensamientos. Por momentos pareció abandonar el plano de la realidad. Este estado de parálisis el cual Randolph asoció a sus deficiencias psiquiátricas duró unos pocos instantes hasta que, sin emitir una palabra, le señaló con su dedo índice un sector

de la estantería en los que se encontraba un libro de tapa dura color rojo fosforescente. Carter se levantó del asiento y se dirigió al estante indicado para tomar el libro, el título del mismo era: *códice spectris*. Un texto del cual Harley jamás hizo mención. Mientras lo contemplaba no logró reparar en que la enajenada mujer ya no se encontraba en la habitación.

Ante ese extraño comportamiento se vio libre de entregarse a su tarea. Sentado en el mismo sillón que ocupó durante la charla la dueña de casa procedió a indagar en profundidad el contenido de la misteriosa obra. Primer dato extravagante, no parecía poseer autor reconocido. En segundo lugar y, luego de aproximadamente media hora de lectura, era un glosario y no cualquier glosario. Mientras más se internaba en la lectura su conciencia se fascinaba con los contenidos del mismo. Era una compilación completa de todas las obras a las cuales habían acudido en el pasado con sus investigaciones, desde el inefable necronomicón hasta, inclusive, contenidos tomados del código inquisitorial redactado por Sprenger y Cramer, el *Malleus Malleficarum*, mejor conocido como El Martillo De Las Brujas. Pero no era solo una mera compilación de ritos y textos relacionados a lo oculto, era a su vez un desglose metódico que buscaba interrelacionar los conocimientos más relevantes y sustanciales de estas obras para lograr establecer formas comunes y primigenias de estas conjuras. La gran revelación que buscaba estaba contenida en una nota que su amigo había escrito en el interior de la contraportada del texto en la cual expresaba lo siguiente:

"Luego de investigar con total conciencia y, después de un largo trabajo de síntesis de los secretos resguardados en las obras citadas en este glosario pude llegar a una conclusión irrefutable: la conciencia no está contenida en el órgano cerebral si no que es de carácter eléctrico, por lo tanto, puede separarse a libre voluntad del organismo de los individuos. Al ocurrir la separación anteriormente referida el tiempo y espacio desaparecen por completo, como si no fueran relevantes a la existencia de la personalidad. La mejor manera de lograr esta canalización y acceder a la verdadera esencia del universo es apelando al cuarzo, elemento que bien sabemos, es un fuerte canalizador de las actividades energéticas y eléctricas. Ahora voy a descubrir si el cielo o el infierno son lugares físicos preestablecidos o, si existen siquiera. Tal vez mi hipótesis se vea confirmada: son estados de la misma conciencia a la hora de abstraerse de esta realidad ficta. Dependiendo del estado emocional de la misma a la hora del divorcio con el cuerpo uno supone acceder a tales planos. Para lograr realizar este experimento es imperativo acudir a un sitio rico en cuarzo. Conozco un lugar así, resulta ser un sepulcro del cementerio de Arkham. Naturalmente no se está exento de riesgos por ende, ante cualquier eventualidad, solo llevaré una agenda con los requerimientos anotados; este Códice debe mantenerse a salvo y lejos de manos inescrupulosas"

Al fin Carter obtuvo las respuestas que necesitaba. Seguramente esa noche el libro que su amigo llevaba en el bolsillo era una agenda donde tenía anotados los pasos a seguir para lograr la separación dirigida por él mismo de su conciencia etérica y su mente física. ¿Quién sabe a qué realidades pudo acceder? o, lo que es aún peor, ¿qué realidades lograron filtrarse ante el accionar de Harley esa noche de horror? Sin ver a nadie al salir de la biblioteca pero, de forma misteriosa, encontrando las puertas abiertas, decidió partir con el libro. Tenía que realizar él mismo el procedimiento indicado allí y, el lugar dónde lo concretaría era en su apartamento; deseaba afrontar en solitario el destino que las fuerzas existenciales hubiesen reservado para él.

Dedicó toda la tarde a la obtención de los elementos que el misterioso ejemplar que portaba demandaba para la concreción del experimento: fundamentalmente cuarzo negro por considerarlo el más fuerte de los canalizadores energéticos en lugares pequeños y, a su vez, en el mundo del esoterismo se lo considera repelente de malas vibraciones y entidades dañinas. Por último tres velas de color rojo y sal gruesa. Todos estos productos debió adquirirlos en el local de una fea gitana. Cuando lo vio ingresar sus ojos se pusieron prácticamente bizcos, resultaba un espectáculo grotesco a la vista de cualquier persona decente. Randolph le solicitó la mercadería que el libro exigía y fue allí que la mujer posó sus ojos en el cuaderno que Carter portaba. Al verlo nuevamente su mirada se torno bizca y, cual Oráculo de Tebas, le conjuró la más extraña de las profecías.

- No todo lo que percibimos en este mundo terrenal es real y, con mucha frecuencia, la realidad no es posible de ser avizorada por los ojos mundanos. Tenga presente esta advertencia si no quiere perderse en los planos de la demencia-. Al escuchar la extraña advertencia simplemente atinó a pagar los productos y se retiró rápidamente del establecimiento.

Según las notas de Harley estos elementos adicionales, la sal y las velas, no poseen un rigor científico sino, más bien, son productos que fomentan la concentración de la mente a la hora de iniciar el tránsito. La verdadera fuerza natural está contenida en el pensamiento y la concentración a la hora de focalizar en el objetivo planteado: el separar energéticamente la conciencia del cuerpo. El aporte del mineral radica en potenciar esta facultad en todos los seres físicos canalizando magnéticamente la actividad eléctrica desplegada en el evento y también ayudando a redirigirla hacia donde el individuo desea acceder. Como bien explica el libro, el espacio-tiempo se tornan irrelevantes y la personalidad es libre de vagar por los rincones intangibles de la existencia.

Al llegar a su residencia por la tarde se sentía abrumado por las circunstancias; por un lado no estaba seguro de querer realizar la tarea propuesta, francamente se sentía asustado y ya no estaba seguro de querer compartir el destino de Warren. Pero por otra parte, su mente

curiosa, todo el conocimiento que pudo extraer del extraño texto y la posibilidad de romper las barreras de las realidades lo impulsaban a continuar con el plan.

El ocaso lo encontró sentado en su mecedora vieja, bebiendo el licor barato con el que acallaba su mente descontrolada; ahora parecía ayudar a concentrarse aún más en lo que debía realizar. Luego de varias horas de reflexión, nuevamente los fantasmas del recuerdo iniciaron su habitual asedió como cuervos que rodean la carroña: los gritos de Harley suplicando que se retirara del cementerio y olvidara lo ocurrido, la espantosa voz en su mente que le sugirió la muerte de su amigo; ya no podía seguir viviendo así, no era vida y para eso prefería morir. Con rapidez y, analizando a fondo las notas de Harley, procedió a colocar cada elemento en su lugar. Un círculo de sal gruesa a su alrededor, el apartamento en la más oscura penumbra; las velas rojas encendidas una en cada punto del círculo conformando un triángulo más amplió que la forma geométrica esférica que la sal formaba. El debía sentarse en el centro del dibujo con los cuarzos frente a su persona.

Las velas iluminaban fuertemente la habitación. Se encontraba sentado en el centro del círculo de sal, observando detenidamente los minerales de cuarzo negro. Según el libro era imperativo que se concentrara pero, sin cerrar los ojos, su mente debía focalizarse en el deseo de ir más allá, su estado emocional debía ser de serenidad y seguridad. La vista debía centrarse en los cuarzos. Así lo hizo Carter. Su mente se concentró fuertemente en la imagen de su mejor amigo, su deseo más caro era reencontrarse con él, estuviese donde estuviese, aceptaba con gusto compartir el castigo. Pronto pudo sentirlo; estaba pero a su vez no, pudo verse sentado contemplando fijamente el mineral oscuro. Lo había logrado y la sensación era impresionante, era la suma de todas las libertades y no había encarcelamiento alguno que lo limitara. Pero su gozo no duró mucho. Pronto pudo divisar un vórtice surgir de la pared frente a su persona. Dentro del mismo, unos horribles ojos color rojo profundo lo observaban. De repente la misma voz, inhumana y lejana.

-¡imbécil!, ¡Warren está muerto!, y ahora tu también lo estarás-. El vórtice lo succionaba, se lo llevaba al abismo eterno que la culpa había generado en su ser físico. Ahora terminaba por destruirlo. Mientras se acercaba a la oscuridad eterna, pudo ver la sombría imagen de su amigo, quieto e hipnótico lo observaba desde la negrura eterna. Al menos no pasaría la condena solo, era un consuelo.